

no dan solución a la angustia espiritual; el amor está considerado como imposición ineludible, pero, no obstante, ofrece un consuelo de cuya eficacia nada afirma ni niega el poeta; los temas accesorios en lo lamentable (la calavera, los gusanos), subrayan la posición ascética, sin concretar ni responder. Todo se va demorando hasta el momento en que se extinga la vida. El sabe que hasta que no esté bajo la tierra no tendrá purificación. Y siempre es la tierra la redoma mágica en que todas las transformaciones se realizan y en la que se cifran las esperanzas del reposo y del retorno. La tierra, siempre la tierra, la de los sepultureros de Hamlet, la que todo lo devora y perfecciona.

De tanto referirlo todo a la tierra; a fuerza de extenuar todas las trayectorias de los

destinos en el seno del *humus* productor del *homo*, al mirar los campos ve Fernández Ardavin a la humanidad entera. Y por eso sus llanuras y sus collados piensan, suspiran y lloran como los hombres que las hollaron. En este precioso volumen, recién publicado y que lleva por título *Láminas de folletín y de misal*, una parte de la humanidad aparece independiente de la tierra. No parece sometida al antedicho comercio sentimental.

Respecto a aquel medio que tan gran encanto ha prestado a sus *Meditaciones* como a sus *Láminas*—la selección de la voz sugestiva,—he de procurar analizarle y ponderar todo su valor e importancia.

MAURICIO BACASISSE

(Continuará.)

CAPRICHOS

LAS BOMBAS DE LUZ

Al pasar por la noche de la calle van charlando con nosotros las lámparas, los faroles, los candiles de las obras públicas, los focos, las bombas de luz.

Hacemos observaciones menudas: que hay un farol que tiene dueño y parpadea como quien teniendo que cumplir un deber duro e inminente no puede acabarse de dormir; que los focos de automóvil van lamendo la calle a la par que la alumbran; que sobre el automóvil de grandes focos que va bajo los cables del tranvía, corre, como la mariposa del Espíritu Santo, una pinta de luz que se refleja y se transmite todo a lo largo de los hilos de cobre; que hay el farol que comunica con una estación lejana y repite sus silbidos; que hay el otro que intenta recordar una vieja romanza y no puede, no tiene oído y se anega en la monotonía de un estribillo sibilante y desgañado.

Pero lo que más nos atrae entre todo, lo que noche a noche nos interesa, lo que no acaba por desilusionarnos, son las bombas de luz.

Así como todo aparato de luz toma un aspecto de lámpara industrial en algún momento de la noche, y sobre todo, si son insistentes nuestras miradas, las bombas de luz no; las bombas de luz admiten nuestro romanticismo y nos timamos con ellas con dulzura, como si fueran la feminidad de la noche asomada a un balcón.

Las bombas de luz son niñas dulces y pacíficas. ¡Qué diferencia entre ellas y las pasionales bombas de aquellos focos de alma inquieta, vibrante y guiñosa que ahora se

han pacificado un poco! (Hoy los focos que no son aquellos arcos voltaicos, hoy tienen dentro un alma que no es la suya y gran tulipa en vez de ser de cristal de talco.)

Los proporcionados y esmerilados globos de luz son la verdadera aristocracia de las lámparas de la noche, y por eso son los únicos que se tornan a veces en una corona de Conde o de Príncipe. Sólo pueden competir un poco con ellos como altos dignatarios de la noche, esos grandes faroles de portal fúnebre.

Tienen un fondo delicado y discreto esas bombas de luz a que me refiero, y hay momentos en esas noches en que el corazón desengañado busca algo con que alimentarse y con que iluminar su soledad, en que son como grandes perlas que entran en el alma y la bañan con su oriente luminoso. Son una especie de lunas humanas, de esfericidad rotunda, dignas de que se las posea la calle alguna vez.

En la entraña de las bombas de luz se ve su pepita eléctrica, transformada y enternecida. Aderezan la calle ingrata en la noche y son como la cuenta mayor de los collares de los dueños del palacio enjoyado por ellos, y viéndose sobre todo cómo armonizan con las que traen al cuello las damas del hotel en que lucen, en una armonía de juego rápido y distinguido, porque es un minuto lo que tardan esas elegantes damas envueltas en sus salidas de teatro, en saltar del automóvil, subir el vestíbulo y entrar en el hotel, minuto para el que se han encendido además de las permanentes perlas eléctricas que emergen sobre la verja del jardín, otras bombas de luz disimuladas entre los árboles y los

dos grandes cabrijones de la puerta interior; momentánea profusión de luz que acaba en cuanto el automóvil vuelve a salir, como si el collar fuese metido en el estuche...

LA QUE RESULTÓ HERIDA EN EL AUTOMÓVIL

HAY un tipo de señorita dramática, de rostro descarado y desafiador, que es la señorita que ha sido víctima de un accidente de automóvil del que se salvaron milagrosamente su padre y sus dos hermanos.

Esa señorita estuvo herida y en cama durante algunos meses. Los periódicos anunciaron el suceso con esos caracteres de última hora con que siempre se anuncian esos siniestros, y hasta apareció su retrato en algún diario aristocrático, dando eso a su figura un carácter de pálida y sangrante víctima de un crimen pasional: «La joven a la que ha dado una puñalada su novio, y que ha ingresado en estado grave en el Hospital de la Princesa».

El automóvil quedó en un estado desastroso, como un vagón después de un choque de expresos. Su padre apareció ileso debajo de los restos del coche, debajo del sofá de los asientos, cazado como una mariposa, y sus hermanos fueron despedidos a una gran distancia, como en un elegante número de circo, y sólo con magullamientos.

Numerosos amigos fueron a verla aquel día, que ya quedaría pintado con sangre en la imaginación de todos, y los más íntimos figuraron silenciosamente, como fantasmas, muy tiesos, a los pies de su lecho de torera herida. Casi todos sus amigos, también dueños de automóvil, y apasionados por sus carreras, eran admiradores profundos de las víctimas del automovilismo.

Fué una larga época de diversión sorda, de persona grave, de heroína entre sábanas bordadas. Sábanas como trajes de baile, que se hubiese echado encima porque sentía frío; pero que eran las fantasías de la enferma, que había invertido lo que le daba papá para hacerse un traje cada media estación, en decorar aquel lecho de gran actriz del automovilismo.

Cuando se levantó paseó por todos lados su interesante figura de señorita que estuvo a la muerte a causa de un terrible vuelco de automóvil. «Esa es...» «Esa es»—decían las gentes enteradas, señalándola. Todo traje la sentaba mejor que a ninguna de las candidas jovencitas, que no podían contar en su historia con un día tan trágico y ensangrentado como el suyo. Los descotes eran en ella algo seductor, y así, al descubrir en su acuchillamiento la visagra de los senos, parecía verse una profunda cicatriz llena de incitación.

Tenía también el encanto de la mujer mal-